



## ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

### EN EL AVION

El avión de la línea regular volaba repleto de pasajeros. Era un vuelo con escalas previstas... Por lo menos, así lo creyó cuando montó. Se llevó una gran sorpresa al enterarse por la azafata de que, dado que era el único pasajero con billete para Wichita, el avión (evidentemente con la intención de ahorrar combustible) no haría escala... «Se precisa un mínimo de dos pasajeros», le aclaró la azafata y le tendió el paracaídas, que utilizaban para estos casos. Atemorizado sugirió la posibilidad de continuar el vuelo. Se le informó que podía hacerlo, pero abonando un suplemento. Ante esta perspectiva se dejó enfundar dócilmente el paracaídas. Los demás pasajeros no prestaban la más mínima atención a la conversación. Leían, dormían, charlaban. Parecían estar habituados a estos preparativos. Cruzaron el pasillo y llegaron a la portezuela trasera del avión. Un rótulo decía: «Salida de emergencia». La azafata, mientras abría la misma, indicó al pasajero una anilla que le colgaba del paracaídas «Tire de ella una vez que haya contado hasta diez». Y empujó al vacío al aterrorizado pasajero. Su cadáver, naturalmente destrozado, lo encontraron una semana más tarde. Se armó un pequeño escándalo y la Compañía se avino a mejorar el dispositivo de los paracaídas utilizados en estos casos.

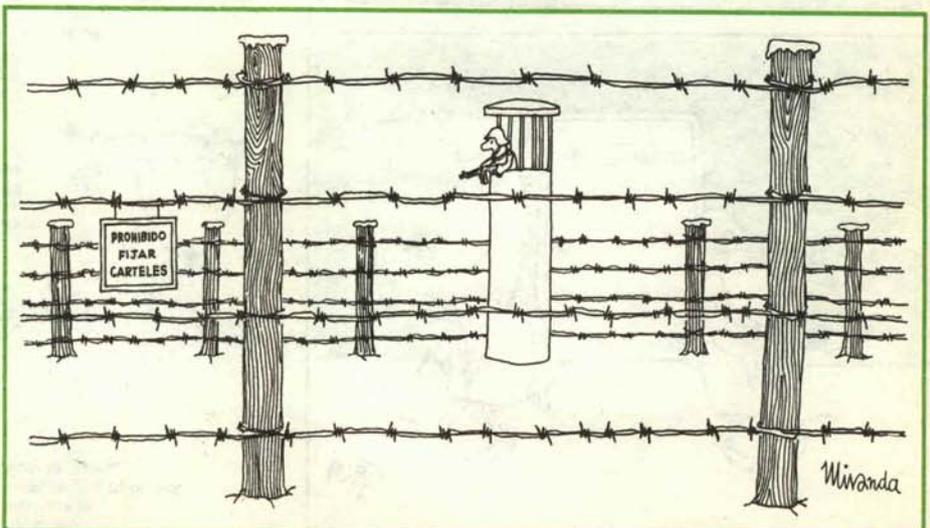
### EL ROBO

Dejaba aparcado el coche en una callejuela céntrica, mientras cumplía su jornada laboral en una entidad bancaria. Un día, al salir, sorprendió a un individuo en el interior de su coche. La sorpresa fue tan grande que no reaccionó en el primer momento, dejando que emprendiera la huida. «¡Al ladrón!», gritó desafortunadamente, corriendo tras el individuo. A sus gritos unos cuantos individuos reaccionaron. Uno de ellos logró ponerle zancadilla. El fornido individuo cayó al suelo lastimándose un pie. Su cazador le asestó un puñetazo y empezó a sangrar de las narices. Cogido entre cinco empezaron a llamar a un guardia. No acudió ninguno... Se lo entregaron finalmente al empleado bancario. Le metieron en su coche, aconsejándole le llevara rápidamente a la Comisaría más cercana. El empleado, visiblemente turbado, arrancó con el fornido ladrón que continuaba sangrando por la nariz... Le ofreció su pañuelo y se ofreció a llevarle a su casa. «No se preocupe, no le voy a denunciar», afirmó con voz entrecortada.

### EL SEMAFORO

Iba con su hijo de seis años camino de casa, tras haber jugado en el parque. Al llegar al semáforo el niño apretó el botón de «cruce». Esperaron un momento y cruzaron en «verde». Un coche, que venía lanzado, con cinco individuos en su interior, pegó un frenazo, esquivó a la pareja asustándola y prosiguió su viaje. El padre gritó y lanzó un terrible insulto contra la madre del conductor. Unos metros más adelante el coche se detuvo. El chófer se dirigió al hombre, que sin intentar reaccionar siquiera, recibió una sarta de puñetazos. Los demás ocupantes del vehículo lograron separarlo y llevárselo. El niño lloraba y gritaba «Papá» con desgarró. Nadie circulaba por la calle en aquel momento... Padre e hijo reanudaron el camino. El padre se limpiaba las heridas y contusiones y calmaba al niño. «No le contaremos nada a mamá, ¿eh?... Pero si te pregunta algo le dirás que papá se ha pegado contra cinco hombres malos... Cinco, recuerda, cinco».

NEMORINO



## CARTA ABIERTA A TODOS LOS BIZCOS DEL MUNDO

Jo, qué suerte tenéis, machos. Anda que no es chollo ni nada ser birojo. Qué lenguaje el de vuestros ojos, qué satisfacción el parecer espía ya que no hay cristiano que sepa hacia dónde está dirigida la pupila, ese no sé qué misterioso, arcano, casi mitológico, inaudito, sensual. Mira que se lo pido a Dios, mira que le pido que me voltee los párpados, que me ponga las pupilas del revés. Pero, nada. Por mucha oración que echo en la cesta del destino, mis ojos siguen siendo normales y corrientes, como los de la gran mayoría. Con lo feliz que yo sería teniendo los ojos enfocando no se sabe a qué misterio: esa zona de encanto, esa divergencia traviesa, freudiana y voluptuosa. Me he puesto a mirar el palo de una escoba, he acercado la madera hasta incrustármela en el entrecejo, pero nada. No hay manera, no me vuelvo estrábico por más que quiero, no hay forma, es imposible, debe ser el regalo del más allá para seres privilegiados. Y si yo fuera bizco, cómo gozaría, de qué distinto modo vería la realidad: superpuesta, mezclada, polifacética. Está visto que ser bizco es algo que distingue, que nos hace más felices, inmortales prácticamente. El alma incluso recobra un doble movimiento sexy, como si toda la vida estallara de alegría. Decidme, hermanos del ojo que se va, qué hacer para gozar de vuestra maravilla, para ver el mundo de verdad, como debe ser. Qué envidia me dais machos, qué envidia.

WHO KNOWS

Miranda